



Levitt Mayberry

REVISTA DEL MUSEO DE LA PLATA

(NUEVA SERIE)

SECCIÓN OFICIAL, 1937

DOCTOR LUIS MARÍA TORRES

El estudio de las ciencias naturales, en la Argentina, ha perdido con la desaparición del doctor Luis María Torres una de sus figuras principales. Cultor de la Antropología y la Arqueología, no le eran extrañas ni dejaban de despertar su intensa curiosidad científica otras ramas del humano saber. Desde su puesto de Director del Museo de La Plata, que ocupó durante doce años, así lo demostró, estimulando vocaciones, favoreciendo viajes, reconocimientos, búsquedas, que debían traducirse en un constante aumento del ya ingente y valioso material acumulado en las colecciones magníficas de nuestro gran Instituto. Como antropólogo y arqueólogo deja una obra vasta que, aunque sea superada en muchos puntos — destino al que, como ningún otro, está condenado el trabajo científico — servirá como jalón para historiar el desarrollo de los estudios referentes a las primitivas poblaciones autóctonas de nuestro territorio, cada vez que llegué el caso de emprenderlo.

Inicióse en estas tareas de su predilección, desde muy niño. Es uno de los ejemplos de vocación definida y precoz que se presentan en la vida para trazar a los hombres cuya actividad dirigen una senda recta y sin vacilaciones. Desde 1896, año en el que cursaba el cuarto de sus estudios de bachillerato en el antiguo Colegio Nacional de Buenos Aires, solía realizar sus primeras excursiones al terreno. Ya en aquellas vacaciones había leído los más importantes trabajos históricos de las grandes figuras de la época : Mitre, Gutiérrez, Trelles. A ellas había agregado el conocimiento de las noticias dadas, acerca de sus ya más especiales estudios, por dos altas personalidades : Moreno, el infatigable explorador de la Patagonia, y Ameghino, el creador genial de una teoría localista sobre la antigüedad del hombre, eran estos dos talentos tutelares. La biblioteca de su padre había sido puesta, por él, a contribución y el lector apasionado que comenzaba a perfilarse en el joven estudiante del bachillerato, necesitaba ya recurrir a otras para completar el pequeño núcleo de sus lecturas iniciales.

Las investigaciones en el terreno, capítulo indispensable en esta clase de estudios, comenzaban también con el mismo ardimiento. El joven Torres, acompañado de un viejo soldado entrerriano llamado Sebad Silva, que había servido en el ejército con su padre, el capitán Torres, realizaba excursiones al Rincón de Milberg, aprovechando los domingos en que la clausura del histórico Colegio le permitía ausentarse de Buenos Aires. Por allí vagaba durante todo el día recorriendo los alrededores, aun en pleno invierno, para llenarse los bolsillos, afanosamente, con los pequeños fragmentos de alfarería esparcidos entre las raíces de los espinillos, cuya similitud con ejemplares arqueológicos que él hubiese visto en alguna vitrina del pequeño Museo de San Fernando, provocaba, en su incipiente afán recolector, una pueril y saludable emulación. Y luego eran las charlas en el amplio patio soleado, subrayadas por el crujir de la dorada arenilla del pavimento, con algún compañero dilecto de sus cursos — que podían ser de futuras actuaciones tan dispares como las de César A. Campos, Eduardo Holmberg o Florencio Parravicini — a la espera de que la vieja campana del Colegio Central marcara el momento de la entrada a clase.

El ambiente familiar le predisponía, igualmente, a la lectura de las preteritas hazañas del descubrimiento y reconocimiento de nuestras más alejadas regiones. Su padre había realizado el rudo aprendizaje militar de las fronteras. Había actuado en expediciones al sur de la Patagonia y si bien él era parco en el relato, sus ayudantes y asistentes, que encontraban en el niño ávido de noticias un oyente crédulo y ansioso, magnificaban a su placer las narraciones dándole, sin embargo, al propio tiempo, una copiosa información etnográfica de primera mano. Estos rápsodas humildes de la gesta familiar llevaron al joven a interesarse, de manera aun más ahincada, en los temas relativos a aquel primitivo conocimiento de la realidad geográfica americana, dedicándose entonces a la lectura de viajes de descubrimiento al Río de la Plata. Su Rincón de Milberg, que ya había hablado a su juvenil imaginación con los pequeños fragmentos hallados, siguió interesándole de una manera más completa y científica: como pequeña parte de un territorio amplio, habitado antes por el indio y descubierto y conquistado por el español. De ahí que de los autores antiguos pasase, luego, a los exploradores y descriptores modernos, adquiriendo, en poco tiempo, todo el conocimiento de la por entonces parva bibliografía local. El *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* y los *Anales de la Sociedad Científica*, amén de numerosos artículos de periódicos con los que engrosara la colección iniciada por su padre, fueron los elementos más frecuentemente utilizados en este período inicial. Bien pronto, ni la biblioteca paterna, ni las familiares, fueron ya suficientes. Comenzó a concurrir a las del Instituto Geográfico, a la pública de San Fernando y, con menos frecuencia, a la del doctor Malaver, rica en libros americanos.

Poco después franqueaba la etapa del lector para pasar, él mismo, a publicista. El periodismo le atrajo fugazmente. Colaboró en *El Tiempo*, de

Carlos Vega Belgrano y en *Caras y Caretas* de « Fray Mocho ». Pero, en ambos, los temas usuales fueron casi siempre relativos a asuntos geográficos e históricos, aun cuando se permitiese, alguna vez, intervenir en temas literarios.

En la casa paterna tuvo oportunidad de tratar a algunos de los hombres prominentes que dirigieron la política del país después de la Consolidación Nacional y del reintegro del Estado de Buenos Aires al seno de la Confederación. Bartolomé Mitre, Carlos Tejedor, Julio A. Roca, Carlos Pellegrini, Guillermo Rawson, Manuel Quintana, Guillermo Udaondo, E. Frías y A. Malaver, fueron, entre otros, visitantes de la casa paterna, así como eran sus amigos el núcleo de los jefes actuantes en la expedición militar de la campaña al Desierto. Este trato con esa pléyade de hombres eminentes facilitó, singularmente, la acción del joven estudioso al permitirle recoger de sus labios informaciones insubstituibles sobre hechos en los que ellos habían sido actores de primer plano, al tiempo que su amistad le auguraba facilidades ulteriores para el desarrollo de su carrera científica inicial.

Tenía 16 años cuando comenzó sus estudios en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Al terminarlos, había ya publicado más de 20 contribuciones sobre temas relacionados con cuestiones arqueológicas y etnográficas argentinas. Por ese entonces, los estudios superiores de ciencias naturales — y particularmente los de las materias de su especialidad — no estaban bien organizados y si su vocación científica le designaba terminantemente el camino a seguir, como lo prueba la abundante contribución bibliográfica anteriormente mencionada, una obligación moral le exigía la terminación de su carrera de abogado. Que ésta no fué nunca una aspiración de su vida, lo demuestra la circunstancia de no haberla ejercido jamás y de haberse orientado al salir de las aulas universitarias, con una decisión completa, en el camino al que su verdadera vocación le arrastraba.

Felizmente, Florentino Ameghino, por ese entonces Director del Museo Nacional de Buenos Aires, le designó en 1901 adscripto honorario a la Sección de Arqueología. Este puesto *ad-honorem* terminó de fijar, ya de una manera permanente, la índole de sus funciones en el campo de la ciencia argentina. En este cargo realizó la clasificación parcial de las colecciones existentes, dedicándose particularmente — de acuerdo a su vieja simpatía — a las del litoral fluvial de nuestro país. Para enriquecerla realizó nuevas excursiones, a sus expensas, por el Delta del Paraná y sur de Entre Ríos. Los resultados emergentes de estas expediciones científicas fueron publicados, así como otros trabajos, de índole diversa, entre los que se destacan sus comentarios sobre una figura colonial que ha encontrado en él un cariñoso comentarista y un sagaz analizador: don Félix de Azara. Intervino, también, con una serie de artículos en *El Diario*, de Láinez y con gestiones personales, en intentar la obtención de un nuevo edificio para el Museo Nacional. Estas gestiones, que tuvieron un comienzo de ejecución, no llegaron a resultados concretos. Ameghino y Torres visitaron los edificios del Colegio

de Lourdes, en Barracas, y del Asilo de Mendigos, en la Recoleta, construcciones a las que se pensaba desafectar de sus actuales destinos para destinarles a ubicar en ellas a las colecciones esparcidas caóticamente por el local de la calle Perú y en las instalaciones accesorias de la calle Bernardo de Irigoyen. Desgraciadamente, por motivos diversos, estas gestiones fracasaron y sólo muchos años después ha podido comenzar a construirse el magnífico edificio que será orgullo de nuestra arquitectura museológica.

Por esa misma época actuó en la Comisión Redactora de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* con el eminente botánico don Cristóbal Hicken y con don Félix F. Outes, su antiguo compañero de las aulas primarias en el Colegio San Luis, cuya amistad se había iniciado a los ocho años de edad, en 1886, había continuado en la Academia Británica y debía ratificarse en la Sociedad Científica en donde ambos planearían la fundación de la *Revista Historia*, que apareció en 1902, y cuyos tres números — que forman un volumen de 400 páginas — sintetizan un bravo esfuerzo editorial de parte de estos dos jóvenes entusiastas y desinteresados que lograron acumular en ella colaboraciones de un alto interés. Asimismo, actuó en el Instituto Geográfico Argentino, en donde se vinculó, entre otros, con J. J. Garmendia, Trelles, J. B. Ambrosetti, S. Lafone Quevedo, C. Correa Luna y E. A. Holmberg.

En 1903 se incorporó a la Junta de Historia y Numismática Americana. Esta institución, que había nacido en torno a la figura consular del general Bartolomé Mitre, como una mera reunión de amigos solidarizados con él en las tareas de la historia, había cobrado, por obra del volumen personal de sus principales componentes, por la decisión y entusiasmo con que seguían benedictinamente sus tareas, una importancia singular. A sus reuniones del primero y tercer domingo de cada mes concurrían buena parte de los más destacados cultores del género. Además del dueño de casa, frecuentaba este cónclave histórico Angel Justiniano Carranza, Adolfo Saldías, Alejandro Rosa, Juan Agustín García, José María Ramos Mejía, Pedro N. Arata, Enrique Peña, José Marcó del Pont, José Juan Biedma, Clemente L. Fregeiro, Martiniano Leguizamón y otros de menor relieve. El general Mitre, con ese certero instinto para el conocimiento de los hombres, que le caracterizaba, resolvió incorporar a esta prestigiosa institución a los jóvenes activos de mayor valimiento intelectual, que pudieran robustecer los cuadros de la vieja guardia. Así fueron incorporándose Luis María Torres — con una conferencia sobre un tema de prehistoria en general — y, más tarde, Francisco P. Moreno, Florentino Ameghino, Juan B. Ambrosetti, Samuel A. Lafone Quevedo y Félix F. Outes, entre los cultores de la historia más primitiva del hombre americano. Torres fué un asiduo concurrente a las reuniones de la Junta, un visitador minucioso de su biblioteca y durante las presidencias de Marcó y Dellepiane (1915-1919), actuó como secretario general, colaborando en ella hasta que su penosa enfermedad le creó

un obstáculo imposible de salvar. Asimismo, intervino en la organización de los manuscritos de Mitre y — con la colaboración de Rómulo Zabala — en la publicación del *Catálogo razonado de las lenguas americanas* de Mitre, cuyo prólogo escribió.

Fué, precisamente, en casa del general Mitre en donde tuvo oportunidad de tratar al doctor Francisco P. Moreno, por ese entonces Director-fundador del Museo de La Plata, a quien Torres conociera ya desde dos años atrás, en 1902, pero con quien no había tenido oportunidad aun de vincularse. El general Mitre tomó a su cargo, con paternal benevolencia, el favorecer esta aproximación del joven estudioso al Director influyente. Con esta gestión Mitre saldaba una cuenta de gratitud para con el padre de Torres, al que había conocido en Luján, y quien habiéndole tenido prisionero, como capitán del Regimiento 6 de Infantería, después de la revolución de 1874, había concedido al jefe revolucionario todas las franquicias y comodidades compatibles con la situación. Al propio tiempo, Mitre procedía de acuerdo con su vieja tendencia personal de estimular las vocaciones de estudio allí donde las encontraba.

El carácter franco y campechano de Moreno hizo lo demás. Al poco tiempo Torres no era el simple colaborador oficial sino el amigo y, aun, el confidente. Moreno, un poco lesionado por largas y enconadas luchas a que le había llevado la pasión generosa que solía poner en todos sus actos, y por el alto ideal de hacer del Museo que él creara una institución ejemplar en América, encontraba un sedante en la confidencia. Torres le visitó en su vieja quinta de Caseros y Catamarca, en donde había instalado en su juventud su primer Museo. Allí Moreno le franqueó las puertas de sus magníficas colecciones de libros especializados, de objetos pertenecientes a civilizaciones pretéritas y, lo que es más, le mostró a través de sí mismo, la historia viva de la institución que él formara. Que Torres comprendió a aquel gran argentino, lo demuestra una reflexión suya, en un cuaderno de anotaciones autobiográficas en el que afirma que « Moreno ha demostrado poseer nobilísimos rasgos de carácter y un patriotismo a toda prueba. Aquel hombre con sus ideas, libros y documentos, era un trasunto del pasado y de un pasado que había vivido vinculado a los primeros hombres del país. »

Torres, que considerara de esta manera a su nuevo amigo, no tenía menos afecto, ni un respeto de inferior calidad, por nuestro otro gran patriarca en este género de estudios: Florentino Ameghino. Sabía de las enconadas disputas que habían separado, de una manera al parecer irreductible, a estos dos grandes espíritus, tan semejantes, sin embargo, por la pureza de su ideal y por el ardimiento de sus convicciones. Parecióle, entonces, una obligación moral contribuir a avenirles y tanto y tanto trabajó en el ánimo de éstos sus dos grandes amigos que consiguió al fin, en 1909, que el homenaje que la Sociedad de Geografía rindiese a Moreno fuese prestigiado y casi puede decirse organizado por Ameghino.

El 1º de mayo de 1905, el doctor Torres fué designado encargado de la

Sección Arqueología del Museo de La Plata. Esta sección llevaba, por ese entonces, una vida un poco lánguida e inactiva. Habían pasado varios años sin que se realizaran viajes de estudio, ni se efectuaran incorporaciones de elementos documentales. Varias eran las causas que habían provocado esta situación. Por una parte la carencia de recursos de que el Instituto adolecía, entorpecían todas sus actividades y la rama arqueológico-etnográfica padecía de ella como todas las otras. Por otra parte, la ausencia del doctor Moreno en Europa había provocado, igualmente, un compás de espera general. Torres — que se incorporaba al Museo con las más grandes ilusiones de trabajo — resolvió organizar sus colecciones, procediendo a una catalogación estricta. Así lo hizo, comenzando por las series de la Patagonia, hasta que — en octubre de aquel año — inició sus viajes, para el Museo, por el Delta del Paraná. Estos eran la reanudación natural de sus actividades arqueológicas, en la zona del país a que su vocación le llamaba más directamente y habían de dar lugar, corriendo el tiempo, a la acumulación de los materiales necesarios para la realización de la más copiosa y completa monografía que poseemos sobre esa zona del país.

En tanto estos comienzos de su trabajo ocurrían, el Museo era reorganizado de acuerdo con la fundación de la Universidad Nacional de La Plata, obra personal y fecunda del doctor Joaquín V. González. El 1° de febrero de 1906 — y a consecuencia del nuevo estado de cosas — Torres era designado profesor adjunto de etnografía, cargo vinculado al Departamento de Arqueología Americana, cuya jefatura se reservó don Samuel A. Lafone Quevedo, quien desempeñaba, además, la Dirección del Museo.

La actuación de Torres como profesor adjunto, cargo en el que no tenía ya obligaciones de organización de otros materiales arqueológicos que no fueran los propios, le permitió dedicar mayor atención y tiempo a la obtención de elementos del instrumental aborigen recogidos en el Delta superior. Estos no fueron logrados sin esfuerzo. Ya lo he señalado, en oportunidad de la entrega de un premio que cerraba solemnemente la carrera científica de nuestro biografiado. Torres desafió estoicamente, más de una vez, las naturales molestias de estas excursiones en terrenos bajos, fácilmente inundables o notoriamente anegadizos, como el de Paraná Guazú, en donde los túmulos originariamente empleados por el indígena están rodeados de bañados, en los que debió penetrar con el barro a la cintura. Con estos elementos logró formar colecciones preciosas, especialmente en punto a antropología, que el propio Director del Museo reconoció como las más completas que hubiesen sido hasta entonces reunidas para estudio de las viejas culturas del litoral argentino. Con ellas pudo escribir una monografía capital sobre *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*. En ella puede decirse que inauguraba, entre nosotros, el sistema de presentar los materiales acompañando los datos de procedencia, elemento importantísimo para una exacta comprensión del propio valor de aquéllos, que desgraciadamente, hasta entonces era harto desdeñado. Como lo dije en 1934, « conviene señalar,

como uno de los grandes aciertos de ese libro, haber apuntado hace 22 años, las analogías estilísticas existentes entre las cerámicas de Santarem, Tefé y Manaos y las del Delta del Paraná, hecho ratificado por sucesivos estudios de los señores Métraux y Nördenskiöld, y por la reciente publicación de un hallazgo por el señor Aparicio. Esta observación de Torres es tanto más meritoria, cuanto que está formulada en una obra dedicada principalmente a la antropología ». Iniciada su redacción en 1908, fué terminada sólo en 1911, habiéndose dedicado buena parte de este lapso a las tareas de gabinete indispensables y al estudio de la muy numerosa bibliografía geográfica, etnográfica e histórica, que en ella se registra. Por otra parte, algo de este tiempo fué invertido, también, en la realización de otros estudios vinculados al examen de las viejas culturas. Las teorías de Ameghino, referentes a la antigüedad del hombre en el Plata, requerían investigaciones en el terreno que permitieran una sustentación más adecuada. Con este fin, por convenio entre los Museos de La Plata y Buenos Aires, se resolvió enviar una Comisión técnica que recorriera el litoral marítimo sur de la Provincia de Buenos Aires, con el fin de realizar investigaciones geológicas y antropológicas sistemáticas. Este convenio, que se efectuó a propuesta del Museo de La Plata, causó viva sensación en los círculos científicos y sus tareas se vieron rodeadas por una intensa curiosidad pública. Representaron a ambas instituciones, Luis María Torres y Carlos Ameghino, respectivamente, los cuales visitaron la zona comprendida entre Chapadmalal a Necochea, la sección costera inmediata a la desembocadura del arroyo El Cristiano y, por fin, Monte Hermoso. Este convenio se mantuvo de 1910 a 1913, visitando también los yacimientos mencionados otros estudiosos. La Comisión consiguió reunir *in situ* muy interesantes hallazgos, de instrumental muy primitivo, así como el famoso fémur de toxodonte en el cual se encuentra incrustada una lámina de sílex que presenta tallado intencional. A estas exploraciones debían vincularse, en el ánimo del doctor Torres, otras realizables en la cuenca del Río Salado y en la parte más meridional de la costa marítima bonaerense, hasta el mismo valle inferior del Río Negro. Hechos que no son del caso relatar aquí, impidieron la total realización del plan original.

En tanto, la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires solicitaba la colaboración del doctor Torres para organizar su sección de estudios históricos, que tanto ha influido en el desarrollo de este género de actividades en la Argentina. Las tareas se iniciaron con la publicación de la serie de *Documentos para la historia argentina*, en cuyas páginas se agruparon elementos inéditos e imprescindibles para el conocimiento de los diversos aspectos de la cultura hispánico-colonial. Servía de introducción a cada tomo una extensa monografía, trabajos debidos a los más distinguidos cultores de la joven « nueva escuela histórica » y que constituyen hoy otros tantos jalones para el conocimiento de nuestro pasado colonial. Colaboraron en estas tareas los señores Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Diego Luis Molinari, Car-

los Correa Luna y Rómulo D. Carbia. El quinto tomo presenta el *Plan* que el doctor Torres se trazara y del que ya iba cumplida buena parte a la fecha, así como otros ofrecen trabajos suyos originales, como *La administración de las temporalidades* o *Cuestiones de administración edilicia*. Bajo su dirección se publicaron once tomos de documentos y más de diez monografías, en tanto que la inventariación y fichaje de originales, así como la realización de copias, llegaron a significar una tarea no por desconocida públicamente, menos considerable. Esta tarea de publicista de obras ajenas, confiadas a su meticulosidad y cuidado, que había comenzado con el *Catálogo de las lenguas americanas*, en tres volúmenes, continuado con la *Biblioteca Centenaria*, de la Universidad de La Plata, en seis, adquirió toda su importancia al asumir el doctor Torres, en agosto de 1920, el cargo de Director del Museo de La Plata. Allí reanudó la magnífica publicación de los *Anales*, interrumpida desde el retiro de Moreno, continuó la publicación de su prestigiosa Revista, mundialmente conocida y apreciada, creó las *Notas Preliminares*, que se han convertido en ágil instrumento de trabajo y publicó la *Guía*, que él mismo contribuyó a redactar en buena parte.

Al propio tiempo, inició las exploraciones metódicas en el norte de la Patagonia, con fines paleontológicos, principalmente, pero sin descuidar investigaciones colaterales. Así realizó excursiones con los señores Santiago Roth, Walther Schiller, Angel Cabrera y Friedrich von Huene, de 1921 a 1923, cuyos resultados de carácter arqueológico no alcanzaron a ser publicados. En aquel mismo año de su designación como Director del Museo, publicaba en cambio, un estudio que se aparta, por excepción, de la zona arqueológica que cultivaba. Es el que se refiere a las urnas funerarias de la cuenca del Río Rosario, en Salta, trabajo que ha servido, posteriormente, para realizar estudios de confrontación con las exploraciones arqueológicas a la zona de la Candelaria, producidas en 1932 por Stig Ryden y Alfred Métraux. Esta monografía y su noticia preliminar sobre tareas arqueológicas llevadas a cabo al sur de San Carlos, en Mendoza, son las únicas que se alejan de las regiones del Delta del Paraná y provincias de Buenos Aires y Entre Ríos, a quienes ha dedicado once trabajos, diversos en intensidad y volumen, que van desde la copiosa monografía de los *Primitivos habitantes*, hasta el breve folleto de interés reducido a un punto concretísimo acerca de esas viejas culturas del litoral. Casi siempre, el doctor Torres ha preferido el trabajo personal, que si bien suprime la colaboración directa arroga la responsabilidad de todo lo que se dice. Sólo puede mencionarse como excepción a esta regla su clasificación, realizada en colaboración con Eric Boman, para las leyendas de los mapas arqueológicos de la República Argentina y de la América del Sud.

Aunque especialmente dedicado a la antropología y arqueología, cuéntase en el haber bibliográfico del doctor Torres una obra de puro corte etnológico. Se trata de su libro acerca de *El totemismo: origen, significado, efectos y supervivencias*, que se publicó en el tomo XX de los *Anales del Museo*

Nacional de Buenos Aires, en 1911, obra que mereció críticas muy elogiosas, en su época, de distinguidos cultores de los estudios etnológicos y etnográficos europeos y americanos. Justamente en abril de ese año fué designado Jefe de la sección Etnografía del Museo de la Plata, teniendo a su cargo dicha cátedra. Desde el año anterior era, sin embargo, profesor titular en aquella Universidad. En efecto, desempeñó desde el 11 de marzo de 1910 hasta el 28 de julio de 1932, fecha en que el Consejo académico le aceptó la renuncia por haberse acogido a los beneficios de la jubilación, la cátedra de Prehistoria Argentina y Americana, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En esta casa comenzó sus tareas cuando ella era una mera sección de historia, anexa a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Al extinguirse esta situación, en 1914, se incorporó a la nueva Facultad de Ciencias de la Educación, que — sobre la base de la antigua sección — era creada. Más tarde, al advenir la reforma del plan de estudios universitarios, que convirtió a aquella Facultad en la actual de Humanidades, el doctor Torres continuó en el desempeño de su cátedra a la que le vinculaban afanes y prestigios. Igualmente, desde 1920 y durante 12 años dictó en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires la cátedra titular de Introducción a los estudios históricos.

Como miembro del Consejo superior de la Universidad intentó, en 1918, la búsqueda de una solución conciliatoria a los problemas surgidos con motivo del movimiento estudiantil universitario argentino, que se conoce bajo el nombre de Reforma universitaria. Su intervención no obtuvo los resultados que el doctor Torres se propusiera, pues — como suele acontecer en casos tales — los partidarios de las dos tendencias en pugna encontraron poco aceptable la posición transaccional en que se colocaba el autor en punto a la reforma de los estatutos de la Universidad de La Plata. Estos acontecimientos — largamente historiados en memorias inéditas de su autor — le llevaron a ofrecer la renuncia de su cargo en aquel Consejo, en el cual, por la grave enfermedad que aquejaba al doctor Lafone Quevedo, llevaba la voz del Instituto del Museo. La muerte de aquel benemérito y cultísimo arqueólogo, ocurrida en junio de 1920, creaba una situación de real molestia para nuestra casa de estudios, por lo cual, aquel mismo Consejo superior que no había aceptado su renuncia le designó el 18 de agosto para tan elevado cargo.

Imposible sería valorar, en estos momentos, sin la indispensable perspectiva, la acción desplegada por el doctor Torres como director. En los doce años que duró su mandato, múltiples fueron sus iniciativas de toda índole, tanto en lo que respecta al gobierno y dirección interna del Instituto, como a sus funciones conexas de Decano de la Facultad de Ciencias Naturales, y a sus tareas de colegislador universitario en el Consejo superior. Como director del Museo se ocupó ya de ampliar la primitiva planta del edificio con nuevos salones, ya de poner todo su esfuerzo en la adquisición para aquél de colecciones tan extraordinariamente únicas como la de

arqueología del noroeste argentino y culturas preincaicas, debida a la tesonera acción de Benjamín Muniz Barreto, ya — por último — en asegurar, para el Museo, poniendo en juego todas sus influencias personales, donaciones particulares tan importantes como las que concediera doña Victoria Aguirre, o el subsidio oficial de 50.000 pesos anuales, para expediciones y publicaciones científicas, que nuestro Congreso nacional asignara anualmente, al propio tiempo que las autoridades provinciales subscribían, por su parte, uno de 10.000. Este aporte económico, desusado en comparación con el habitual abandono en que se ha tenido a la investigación pura, permitieron al Museo un vasto plan de acción, cuyo detalle puede seguirse en las Memorias publicadas por su director, aumentar el número y el alcance de sus diferentes servicios técnicos, restaurar las lujosas publicaciones de antaño, creando otras nuevas en tanto que se mantenían y acrecentaban las existentes, dotar más ampliamente los laboratorios de los diversos departamentos y dar al edificio del Museo esa joya de depurado sentido estético que es su biblioteca, en la cual el engrosamiento del acervo bibliográfico aumentó en forma pareja a la magnitud del local, hasta superarlo.

La penosa enfermedad que le afligía — doblemente penosa por su lentísimo proceso y por dejarle plenamente libre su mente en un cuerpo torturado y maltrecho — le obligó a retirarse de toda función pública. Luchó bravamente contra su mal, al que sabía, sin embargo, implacable. En 1932 presentó al XXV Congreso Internacional de Americanistas, reunido en La Plata, dos breves comunicaciones, que son lo último salido de su pluma. Encomendado a él el discurso inaugural sobre el estado de los estudios americanísticos en la Argentina, me cupo el honor de leerlo, pues su estado ya se lo impedía. En 1934 fué designado Académico honorario del Instituto del Museo y, en ese mismo año, el Consejo del mismo resolvió, por unanimidad de votos, otorgarle el « Premio Moreno » que, como dije al tener la satisfacción de entregárselo en nombre de los profesores de nuestro Instituto, en la ceremonia realizada en su casa, en donde ya el dolor y la enfermedad le tenían recluido, « es una de esas distinciones científicas que sirven de remate y coronamiento a toda una vida de labor consagrada al estudio de las ciencias naturales en la Argentina ».

Como amigo personal del doctor Torres, continuador de una amistad familiar que existiera antes que yo mismo, como ex discípulo suyo, como su suplente durante dos lustros y su continuador en la cátedra titular de Prehistoria y en la jefatura del departamento de Arqueología y Etnografía del Instituto del Museo, me es sumamente honroso cumplir la misión de rendir, en nombre de esta casa de estudios, a la que diera lo mejor de sí mismo, estos honores póstumos. La discriminación crítica del total de su obra ha de venir luego. No es ésta la oportunidad de realizarla. Quede aquí, tan sólo, el homenaje y el recuerdo.